

DE LA NOVELA EN LA VIOLENCIA A LA NOVELA DE LA VIOLENCIA: 1959-1960

HACIA UN PROYECTO DE INVESTIGACION

*Marino Troncoso S.I. **

Miembro de la Sociedad de Colombianistas Norteamericanos

Mis palabras, inicialmente, desean hacerles partícipes de las inquietudes y búsquedas del Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana. Desde sus orígenes en 1967, quiso distinguirse por el estudio intrínseco de la obra subrayando la índole propia del lenguaje literario y estético que crea su propia realidad y, por lo tanto, sus propios criterios de análisis y crítica. Afortunadamente, a partir de la misma literatura y, sobre todo, de los acontecimientos traumáticos que nos ha tocado vivir, tomamos conciencia de la historia y de todo aquello que se encuentra detrás de una palabra que intenta agarrar la existencia para desentrañar un sentido. El Departamento no pudo, entonces, permanecer indiferente a la búsqueda de nuestros escritores. Y si nos sentimos un instante desbordados y cuestionados en la razón misma de nuestra enseñanza, quizá fue porque en nuestro presente no teníamos una mirada lúcida sobre nuestro pasado reciente y la titubeante palabra que deseaba expresarlo. Nos habíamos acostumbrado a negar las memorias del olvido poetizadas por García Márquez en *Cien Años de Soledad*¹. De ese conflicto surgió el primer seminario de profesores sobre la literatura colombiana durante la época del Frente Nacional, la reestructuración de los trabajos de grado y el grupo de investigación sobre la posibilidad de elaborar una

* Doctorado en la Universidad de la Sorbona de París y Maestría en Semiología Literaria en la Escuela de Altos Estudios de París. Es Director del Departamento de Literatura y Lingüística de la Facultad de Ciencias y Educación. Pontificia Universidad Javeriana.

tipología de la novela de la violencia que fuera, al mismo tiempo, histórico-social y semiológica-formal. De ésta era que pensaba hablarles hoy, pero lamentablemente, el trabajo apenas se ha iniciado. Mas allá de los mencionados intereses académicos inherentes a todo trabajo universitario se encontraba, como se encuentra hoy, aquí delante de ustedes, la pregunta de un colombiano sobre su propia historia. Comprender y comprenderse a partir de unos textos que, brotando de la violencia, se diferencian y se relacionan con aquellos de la literatura de la guerra civil española y la del holocausto europeo.

Es necesario distinguir la violencia, siempre presente en la novela colombiana, y las novelas llamadas de la "violencia" que reflejan el fenómeno sociológico de la violencia política que sufrió Colombia desde 1948 hasta una época no exactamente determinada de 1960. Muchos no estarán de acuerdo con estas dos fechas, pero ellas fueron postuladas como marco inicial de una investigación. El término de "novela de la violencia" fue acuñado, en primer lugar, por el crítico Hernando Téllez, quien, desde comienzos de la década del cincuenta, comentaba en las Lecturas Dominicales de El Tiempo la actualidad narrativa del país². Dicho término alcanzó su mayoría de edad el 15 de noviembre de 1959, a raíz de la respuesta de Téllez al artículo de García Márquez "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia". En su comentario: "Literatura y violencia", él le daba más una carga semántica hacia el futuro que hacía el pasado diciendo que: "los colombianos podemos esperar tranquilamente que algún día aparezca la gran novela sobre la violencia. No hay prisa"³.

En el grupo llamado "Novela de la violencia", se encuentran, por lo menos, cincuenta obras que no han sido suficientemente estudiadas individual y conjuntamente y, por lo tanto, no se poseen, más allá de lo temático, rasgos distintivos que permitan hablar de un subgénero dentro de las formas narrativas. Los dos únicos estudios en conjunto son los de Gerardo Suárez Rendón, *La novela de la violencia en Colombia*, que, a pesar de ser tendenciosamente sociológico, se hizo pasar como literario, y el de Román López Tames, *La narrativa actual de Colombia y su contexto social*⁴. Este último autor escribe en 1975: "Se podría asegurar que no hay novela colombiana en los últimos veinte años que, de alguna manera, no se refiera a la violencia (...). Son muchas las investigaciones sobre este fenómeno y frecuentes las inculpaciones superficiales: la causa sería la encisión en partidos políticos extremados, el problema de la propiedad y trabajo de la tierra, el crecimiento demográfico, la actuación de la policía estatal y hasta la Iglesia". Y termina citando *Las causas supremas*, novela de Héctor Sánchez que, en 1969, gana el último Concurso Nacional de Novela, Premio Esso: "Es una época oscura, tan compleja que no se puede reproducir en dos líneas. Lo que han afirma-

do unos y otros no es cierto: que ellos tienen la culpa, que nosotros, que tu papá, que vuestro hijo. A ciencia cierta lo único que se sabe es que muchos se pusieron de acuerdo en un luto riguroso y que cualquier campesino vio un día a otro desfilar con un cadáver. Y después dos, tres, trescientos cadáveres, cuantos más. Pasó de ser novedad el asunto de los cadáveres”⁵.

Generalmente esta literatura parte de los acontecimientos de 1947 previos al asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, personaje político, mito en la historia y cuasi figura literaria. Está escrita en su mayoría por autores liberales, planteando la problemática del compromiso político del escritor. Su primera síntesis la realizó Carlos Lleras De La Fuente en la presentación bibliográfica que realizó de la literatura de la violencia en el Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República de 1961. Ya se han realizado algunos estudios monográficos que trascienden el comentario afectivo, como el de Gustavo Alvarez Gardezabal, “México y Colombia, violencia y revolución en la novela” y el de Laura Restrepo: “Niveles de realidad en la literatura de la violencia colombiana”. Se destacan también los acercamientos generales de Alberto Zuluaga Ospina y la colección sobre la novela de la violencia en Colombia, dirigida por Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, quienes han profundizado, hasta el momento en tres autores: Daniel Caicedo, *Viento Seco*, García Márquez, *La mala hora*, y Manuel Mejía Vallejo, *El día señalado*⁶.

Decía en un trabajo anterior sobre Manuel Mejía Vallejo, que la literatura latinoamericana y en especial, la novela, siempre ha presentado la violencia de un continente sumido en ella desde el momento de su nacimiento a la cultura occidental. Baste recordar el brillante estudio de Ariel Dorfman, *Imaginación y violencia en América Latina*⁷. Sin embargo, y lo repito de nuevo, lo característico de la “literatura de la violencia” en Colombia es el interesarse en una época de la historia concreta que se plasma en la novela que se escribe en el país desde 1951, fecha de publicación de la obra de Pedro Gómez Correa, *El nueve de abril*. Algunos textos, los menos, se centran en esa época y otros la recrean o la evocan como origen necesario de un presente. La producción de este “género” aumenta considerablemente luego del golpe de estado contra el Presidente Laureano Gómez y sólo en 1954 se publicaron diez novelas entre las cuales sobresalen *Sin tierra para morir* de Eduardo Santa; *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón; y *Tierra asolada* de Fernando Ponce de León⁸. Subrayo la palabra tierra en los tres títulos. A partir de 1960 se intensifica una producción que extiende su campo temático pasando del régimen conservador al período de la dictadura militar de Rojas Pinilla. Esta novela ya es diferente: el cambio de mirada y de interiorización se debe, en parte, a la toma de conciencia que,

como veremos más tarde, adquiere el país y que, desde el punto de vista literario, se concretiza en el debate que en diciembre de 1959 promovió el periódico *El Tiempo*. Se habló entonces de falta de perspectiva histórica para tratar el tema, de la necesidad de un genio que pudiera captar la magnitud de conflicto. Podríamos pensar que en el fondo, se intentó crear una actitud de silencio instaurando un nuevo tabú en un país que prefiere, por lo general, olvidar el tumor en vez de operarlo. En esos años, 1958-1962, el país se sentía responsable y al callarse cuestionaba a aquellos que, ante su vergonzoso silencio, habían escrito novelas sin ser literatos. Olvidaban que ellos mismos habían afirmado en sus prólogos que sólo daban un testimonio de lo que habían presenciado: Ernesto León Herrera, seudónimo del presbítero Blandón Berrío, autor de *Lo que el cielo no perdona*; Carlos H. Pareja, *El monstruo*, Julio Ortiz Márquez, *Los días del terror* y Fernán Muñoz Jiménez, *Horizontes cerrados*⁹, obras que van hasta 1960: literatura en la violencia, literatura de la agonía, para-literatura y no verdadera literatura de la violencia y se les juzgaba por esto último: por la literatura para no ver la historia.

Es en la polémica acontecida entre 1959-1960 donde, en la actualidad, se centra nuestra investigación. Ella marca un cambio radical y no solo implica discusión de conceptos, sino también florecimiento de la literatura, creación de organismos estatales y hasta fundación de la primera facultad de sociología en el país. Entender estos años exige ver la importancia de la comisión investigadora de las causas de la violencia creada en 1958 por la Junta de Gobierno e integrada por Otto Morales Benítez entre otros. En 1958 José Francisco Socarrás y la Sociedad Colombiana de Psiquiatría organizan un ciclo de conferencias que se titulan "Radiografía del Odio en Colombia". Cinco de estas conferencias fueron recopiladas en el número 20 de *Actualidad Cristiana* y, posteriormente, fueron recogidas por el gobierno en su totalidad. La recién fundada facultad de sociología de la Universidad Nacional inicia el estudio de la violencia en Colombia que será publicado en 1962 en medio de una gran polémica sintetizada en 1964 por Orlando Fals Borda al publicar el segundo tomo de la obra¹⁰. Este es el ambiente: juicio a Rojas Pinilla, conversaciones de la paz en el Cocuy, reinado de belleza de Luz Marina Zuluaga, concursos literarios que integran la Academia de la Lengua, presidida por el padre Félix Restrepo, y la compañía Esso, asesorada por Gaitán Durán, director de la revista *Mito*. Se discute la novela de la violencia y Eduardo Santa, en su artículo "La tradición de lo inauténtico", defiende a autores que "con gran honestidad humana de simples testimonios, con la mano en el corazón, transidos de dolor y de angustia por lo que ha pasado en Colombia, quisieron dejar fe de lo que vieron en páginas que el artista de mañana podrá utilizar como documento fidedigno"¹¹. Y eso acontece como hecho general, a partir de 1962, cuando la violencia comienza a ser reelabora-

da trascendiendo la polémica partidista, cuando llegan los escritores que, por primera vez, se manifiestan en el concurso de cuento organizado por El tiempo en 1959 y verán la posibilidad de hacer públicas sus obras al ser editadas por el premio Esso debido a sus méritos literarios y no por los servicios prestados a un patido.

El 1 de febrero de 1959, El Tiempo promociona su Concurso de Cuento cuya primera condición es la de tema nacional o gran colombiano. El 3 de junio de 1959, el jurado, conformado por Pedro Gómez Valderrana, Javier Arango Ferrer y Fernando Charry Lara, da a conocer su fallo. Se presentaron 515 trabajos y se premiaron, en orden descendente, los siguientes: *La duda*, firmado por Indio Zulia; *Aquí yace alguien*, por Abelcaín y *Batallón Antitanque*, por Escándalo. Estos seudónimos correspondían a Jorge Gaitán Durán, Manuel Mejía Vallejo y Gonzalo Arango¹². Actuó como secretario ad-hoc. Eduardo Mendoza Varela, redactor de las Lecturas Dominicales. El tema nacional en las tres obras premiadas correspondía a la violencia, pero esta ya era una violencia diferente, narrada desde el interior de una conciencia, superando el maniqueísmo de buenos y malos propio de las obras anteriores. Los autores premiados representaban tres de las corrientes más importantes de la literatura colombiana: la tradicional antioqueña que buscaba en Mejía Vallejo nuevas formas de expresión que superaran la herencia tradicional costumbrista de Carrasquilla y Efe Gómez; la universal europea que introducía los aires de renovación promovidos desde la capital por el grupo de santandereanos y bogotanos que editaban la revista Mito; y, finalmente, la anticonformista del movimiento nadaísta representado por su fundador Gonzalo Arango. Sorprende no encontrar entre los 26 participantes publicados ningún autor costeño si tenemos en cuenta que estos, posteriormente, dominaran durante algunos años en la narrativa colombiana. El éxito de este concurso hizo olvidar rápidamente el fracaso del concurso de novela promovido en 1958 por el gobierno y preparó la organización del Primer Concurso Nacional de Novela —Premio Esso 1961, en donde se presentaron 178 obras inéditas escritas desde mucho antes y, finalmente, se premió *La mala hora* de Gabriel García Márquez. El jurado constituido por Eduardo Mendoza Varela, Rafael Maya y Daniel Arango, encontró también, como tema dominante, la violencia y otorgó el segundo lugar a *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo, texto en el que se integraba, como prólogo, el cuento premiado en 1959. Tanto *La mala hora* como *El día señalado* iniciaban el segundo momento de la historia de la novela de la violencia. Y *El día señalado*, al obtener el 6 de enero de 1964 el primer premio Nadal concedido a Latinoamérica, se convierte en carta de presentación de nuestra literatura.

Dejando a un lado el problema que encierran los concursos como posibilidad de hacer conocer unos textos, las ideologías subyacentes que los promueven como medio de distracción, los favoritismos de amigos que premian al director de la revista donde todos trabajan, es justo reconocer el valor de los textos premiados y la importancia que tuvieron estos en la posterior evolución de la narrativa colombiana. LA DUDA es un cuento muy breve que se narra desde la conciencia de Fabriciano, jefe de un grupo de guerrilleros. Más allá de los combates con las tropas del gobierno, está su enfrentamiento con Segundo, su amigo, por la traición de la "Soldadera", su mujer. La violencia es el espacio vital asumido con gran naturalidad; ni se le denuncia, ni se le condena: lo importante es el hombre que viviendo en medio de ella, siente lo que sienten otros hombres. *Aquí yace alguien* es una cruz, un letrero: José Miguel Pérez, diciembre 1934, enero 1957, y entre las dos fechas, una vida, alguien que mataron sin saber por qué. La madre dice que fue a buscar su caballo que le robaron, el alcalde que era un chusmero peligroso y el cura que estaba con las guerrillas, estaba contra Dios. Simplemente era un muchacho que siempre quiso tener un caballo, amaba a su novia y tocaba la guitarra. Si el cuento de Gaitán Durán era psicológico y el de Mejía Vallejo poético, el de Gonzalo Arango se volvía sarcástico e irónico. *Batallón antitanque* narra el proceso mediante el cual una juventud llega a sentir a otra como el enemigo, haciendo percibir lo absurdo de una guerra camuflada. Estas tres actitudes, la interiorización, la evocación poética y el humor y la ironía, serían la tabla de salvación para una literatura que se estaba ahogando en sangre y debía encontrar otra solución diferente a la de asustar con el número de muertos si deseaba profundizar en el cáncer de una sociedad.

Decía Gonzalo Arango: "existe general extrañeza por la coincidencia que los tres cuentos enfoquen el tema de la violencia y se desarrolle, con mayor o menor intensidad, en un marco de asesinato y terror. Este tema, en su azaroso dramatismo, no puede ser indiferente a ningún intelectual colombiano. La violencia gravita sobre nuestra sensibilidad en forma perturbadora y agresiva. Está demasiado presente para ignorarla; es demasiado cruel para no sentirla; no podemos olvidarla, vivimos bajo su atmósfera de alucinación y terror. Ningún escritor que tenga sus dos pies hundidos en el barro de este país puede eludirla sin traicionar su realidad humana mas profunda pues, directa o indirectamente, ha sufrido sus consecuencias"¹³. Y estas declaraciones se encuentran en medio de los titulares que hacían primera página en los periódicos del país durante 1959: "se levantará el estado de sitio", "en acción pacífica fueron desalojados los invasores", "el partido comunista nada tiene que ver con la violencia", "83 guerrilleros del Tolima favorecidos por la amnistía", "la paz no se consigue con actos del gobierno"¹⁴. Titulares análo-

gos a l
estand
guerra
de un p

A
do a r
terdisc
un ma
amplía
ra de l
1951
ciones
concep
mund
como
Cuba
lo es
la con
y en c
encue
proye
la imp
esos c
tro pr
fue in
Frent

1.

2.

gos a los que podemos leer hoy, exigencia vital para el escritor que sigue estando presente en la escritura de obras actuales como *Una y muchas guerras* de Alonso Aristizábal, donde un niño corre “por la mañana sombría de un pueblo encerrado y temeroso que se negaba a despertar”¹⁵.

A partir de estas reflexiones el Departamento de Literatura ha empezado a recorrer un nuevo camino que, necesariamente, conduce al estudio interdisciplinario de la obra literaria, a la investigación concreta histórica y a un mayor toma de conciencia de la realidad. Su proyecto de investigación se amplía cada vez más, pasando de una literatura en la violencia a una literatura de la violencia que se transforma a cada instante. Si la primera se inicia en 1951 y va hasta 1960, la segunda llega hasta nuestros días. Las confrontaciones partidistas se han convertido en enfrentamientos de dos sistemas y dos concepciones del hombre y el lenguaje que comunicaba crea sus propios mundos virtuales, sus propios personajes y lucha en pro de su autonomía como escritura para nombrar mejor el mundo. A todo esto, no es indiferente Cuba y lo que implicó y sigue implicando en el continente, como tampoco lo es el aumento cada vez mayor de contactos literarios que ha transformado la conciencia que el escritor tiene sobre su propio oficio. Es en la literatura y en otras formas artísticas, fomentadas en ocasiones para distraer, donde se encuentra la memoria de una historia construida desde el hombre. Nuestro proyecto de investigación apenas ha empezado; por ahora, sólo sabemos de la importancia de 1959-1960 como años de ruptura y de transformación. Y esos dos años nos permiten mirar para atrás y, sobre todo, nos lanzan a nuestro presente y a nuestro futuro. En ellos se gestó Macondo. El grupo Mito se fue integrando con el nadaísmo y se inició la experiencia excepcional del Frente Nacional.

NOTAS

1. Se hace alusión al libro de ARTURO ALAPE, *EL BOGOTAZO*, Editorial Pluma, Bogotá, 1983. Dice el autor en la presentación: “Pero lo cierto y lo evidente es que en un país como Colombia, donde el olvido histórico ha sido decretado, por el temor a los “sobrevivientes” políticos, necesariamente y desde el punto de vista de la mayor objetividad, hay que recurrir al testimonio para ponerle esqueleto, cuerpo y dinámica presente a esa historia”, y añade luego: “y en 1978 prescribe la acción investigativa sobre el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y por encanto de la ley, ellos hablan. Entonces quedó atrás el miedo y la muerte y se comenzó a bucear en las intimididades más dramáticas que viven en la voz de la memoria”.
2. Se destacan: “EL DIA DEL ODIOS de Osorio Lizarazo”, *EL TIEMPO*, Lecturas Dominicales, Bogotá, Octubre 25, 1953.
“Literatura y Testimonio”, *EL TIEMPO*, Suplemento Literario, junio 27, 1954.
Ver la colección de artículos periodísticos recopilados en: HERNANDO TELLEZ,

TEXTOS NO RECOGIDOS EN LIBROS, Colección Autores Nacionales, números 45, 46, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1979.

3. El artículo de Gabriel García Márquez apareció en LA CALLE, órgano del Movimiento Revolucionario Liberal (103), octubre 9, 1959. Fue publicado de nuevo en ECO, Revista de la Cultura de Occidente (205), noviembre de 1978. El comentario de Hernando Téllez apareció en EL TIEMPO, Lecturas Dominicales, Bogotá, 15 de noviembre de 1959. 11.
4. SUAREZ RENDON, Gerardo, *La novela de la Violencia en Colombia*. Tesis de Filosofía y Letras, Bogotá, Universidad Pontificia Católica Javeriana, 1966. 12.
LOPEZ TAMES, Román, *La narrativa actual en Colombia y su contexto social*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1975. 13.
5. El jurado del Noveno Concurso Nacional de Novela, Premio Esso, 1959, estuvo conformado por Alicia Baraibar de Cote, Hernando Valencia Goelkel y Jorge Eliécer Ruiz. La presencia del grupo Mito siempre constante. 14.
6. ALVAREZ GARDEAZABAL, Gustavo, "México y Colombia: Violencia y Revolución en la Novela", en *Nuevo Mundo* (5758) marzo-abril, 1971. 15.
RESTREPO, Laura, "Niveles de Realidad en Literatura de la Violencia Colombiana", en *Ideología y Sociedad* (1718), abril-septiembre, 1976.
ZULUAGA OSPINA, Alberto, "Sobre la novelística de la violencia en Colombia, *Cuadernos Hispanoamericanos* (216), 597-608, octubre de 1969 y "Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia en Colombia", *Tabla Redonda*, Caracas (5-6) abril-mayo 1960.
Los libros de Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar han sido publicados por las ediciones Hombre Nuevo de Medellín.
7. DORFMAN, Ariel, *Imaginación y violencia en América Latina*, Editorial Anagra, Barcelona, 1972.
8. Además en 1954 se publicaron, entre otras: *Tierra sin Dios* de Julio Ortíz Márquez; *Horizontes cerrados* de Fernán Muñoz Jiménez; *Pogrom* (palabra que en ruso significa "matanza") de Galo Velásquez Valencia; *Los cuervos tienen hambre* de Carlos Esguerra Flórez; *Lo que el cielo no perdona* de Ernesto León Herrera; *El exilado* de Aristídes Herrera.
9. Dice Carlos H. Pareja: "Sin ser historia pura, ni autobiografía, este libro es parte de la tragedia que todos los colombianos hemos vividos, desde que la camarilla de los violento se apoderó del poder, por lo cual necesitó consumir un asesinato (...). Este libro, que escribo en el exilio, no es sino una parte de mi testimonio". Y Gonzalo Gutiérrez Gutiérrez dice en el prólogo de LO QUE EL CIELO NO PERDONA: "Es un análisis y la narración de interesantes hechos históricos de la violencia en el occidente de Antioquia en los que poco se encuentra de novelesco".
10. Cfr. GUZMAN CAMPOS, Germán, FALS BORDA, Orlando y HUMANA LUNA, Eduardo, *La violencia en Colombia*, Tomo II, Tercer Mundo 1954.
En contra del primer libro en que se publicó este estudio, se hizo célebre el estudio titulado "La Violencia en Colombia: Análisis de un Libro" del Jesuita Miguel Angel González, publicado en la Revista Javeriana, 58 (288) septiembre de 1962, que apareció simultáneamente en todos los periódicos conservadores del país el 23 de septiembre de 1962. Estas polémicas fueron tan graves que se creó una situación propicia para un golpe de estado a causa del informe confidencial del Coronel Va-

lencia Tovar publicado el 11 de septiembre de 1962 en *El Espectador*. En las polémicas se cuestionó la llamada novela de la violencia que, sin profundizar el fenómeno, aumentó la división constituyéndose ella misma en arma de esa violencia.

11. SANTA, Eduardo, "Nos duele Colombia", *Ensayos de Sociología Política*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1962, página 76.
12. Cfr. 26 CUENTOS COLOMBIANOS, una publicación de EL TIEMPO, Lecturas Dominicales, 1959, Editorial Kelly, Bogotá. El acta del jurado calificador apareció en EL TIEMPO, Lecturas Dominicales el 14 de junio, 1959.
13. ARANGO, Gonzalo, "Los cuentos y la violencia", *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, 5 de julio de 1959.
14. Para la investigación se consultaron las primeras páginas de EL TIEMPO correspondientes a los tres meses que permaneció abierto el concurso.
15. ARISTIZABAL, Alonso, *Una y muchas guerras*, Planeta, Bogotá, 1985, página 57.